

El otro manifiesto antropófago

Se ha dicho mucho estos últimos días a partir de las noticias en los periódicos. Se han querido ensuciar honras y rescribir historias. Lo que primero fue un silencio atónito se convirtió pronto en un bullicio insoportable. Es por eso que he decidido ha hablar, contar lo que verdaderamente ocurrió para acallar las murmuraciones. Pero para poder hacer eso tengo que comenzar con el principio.

Todo comenzó con una rana. Un plato de ancas de ranas para ser más específico. Tarsila y Oswald habían reunido a un grupo de amigos para acudir a un elegante restaurante francés recién estrenado. Largos manteles y cubiertos de diseños orientales ofrecían ancas de ranas como delicatessen en su menú. Tarsila nos había asegurado que las había probado estando en Francia, y que perdonando el lugar común, sabían a pollo, pero que por lo inusual del plato valía la pena arriesgarse.

Tarsila nos observaba entre silenciosa y divertida mientras los invitados mirábamos azorados el menú que traía gran número de variedad de estilos para servir el anfibio. Mientras ella nos vigilaba, Oswald, a su costado, estudiaba con gran detenimiento la carta como si se tratara de un documento de vital importancia. Yo, al igual que algunos otros, quise huir y acudir a los escalopines o los medallones, familiares y seguros, pero Tarsila con una sonrisa de confianza terminó de impulsarme para pedir un plato de ancas de rana. Otros invitados hicieron lo mismo con la ansiedad de niños.

Mientras esperábamos los platos, el bullicio de la mesa empezó a aumentar, Oswald había comentado un par de noticias leídas en el periódico lo que desató una marea de comentarios dispares. Respuestas aireadas, sonrisas cómplices, discusiones que se dirigían peligrosamente al terreno de lo personal. Mientras tanto Oswald se reclinaba satisfecho en su silla mirando el caos que había despertado. Ese era su juego favorito, impulsar discusiones, desenterrar las insinuaciones que los artículos o novelas escondían, revelar hechos que los invitados desconocían, y al final de cuentas jugar como una serpiente o un ángel malvado provocando a ambos lados con su labia ágil, su presencia que hacía sentir a los asistentes cómodos para la polémica, como una íntima discusión e casa, y en el fondo su falta absoluta de malicia. Para él era solo un juego que nosotros nos aprestábamos a seguir.

Oswald tenía un rostro algo basto, de labios gruesos, nariz redonda y cabello negrísimo. Los ojos profundos parecían barrenos que se adelantaban a todo su ser y en el último segundo, cuando se empezaba a sentir la amenaza se transformaban en una mirada divertida, como avisándonos que hemos sido engañados, y todo su rostro se iluminaba dejando al aire sus dientes desiguales y su sonrisa infantil. Era amplio de cuerpo, pero no únicamente por su físico sino porque este se expandía más allá de su propio organismo. Al caminar parecía que su presencia se adelantara, llenando salones y habitaciones. Incluso en la misma calle la gente se detenía a darle paso a pesar de tener toda la calzada para él.

A su lado, en silencio, bebía sorbos de vino blanco Tarsila, nuestra anfitriona. A ella no le gustaba entrar a este tipo de conversaciones aunque en ocasiones se podía sentir su risa aguda como una dulce consonancia en la orquesta de ruido y discusiones. Tarsila era delgada, de piel suave y con un ligero rubor sonrosado en las mejillas. Incluso años después es difícil describirla sin caer en lugares comunes. Sólo puedo decir que era una mujer hermosa, tranquila y dulce, que además demostraba tener una inteligencia y un humor que superaba con creces a los presentes, incluido los de su marido, Oswald. Pero era silenciosa y tranquila, y dejaba que este tomara la palabra mientras ella divertida miraba el ambiente. Han pasado muchos años para negar que todos estábamos enamorados de

ella, desde el viejo Sterling, hasta Mario, quien la quería con un amor paternal.

Esperábamos la comida que con una elegancia francesa tardaba demasiado. Las botellas de vino blanco y tinto se descorchaban y a pesar de la hora, una silla seguía vacía. Pero sabíamos que si lo había prometido Mario se desligaría de sus compromisos y, aunque tarde, terminaría por llegar. Y cuando los primeros escalopines de los que no fueron valientes de pedir ancas llegaron a la mesa, Mario hizo su entrada en silencio. Aunque muchos no se dieron cuenta de su presencia, los ánimos empezaron a relajarse, las sonrisas y risas se hicieron más comunes y pronto un apacible manto se posó sobre la mesa. Este era el efecto que Mario generaba con su presencia. Como si en el colegio, en una aula indisciplinada, hubiera entrado de pronto el profesor. Incluso callado lograba respeto y confianza. La mesa se tranquilizó y el ambiente antes algo tenso por la discusión terminó por distenderse.

Así era Mario: no llamaba la atención. Era delgado y de andar pausado. Vestía con una chaqueta de pana incluso en algunas calurosas noches de verano. Pocas veces lo había visto sin corbata, y nunca con algo más informal que una chaqueta y una camisa con los dos últimos botones abiertos. Tenía poco cabello y gafas redondas que detrás de los cristales le daban una mirada clara. Su rostro era alargado de labios bien dibujados y otras señales de inteligencia.

A pesar de que ambos amigos compartían apellido eran como los reflejos invertidos de un espejo. Mientras que Oswald llenaba una habitación con su presencia y era imposible estar en el mismo restaurante que él sin descubrirlo a los pocos instantes al otro lado de la sala, Mario pasaba inadvertido, no le gustaba destacar, pero tenía un influjo casi palpable en aquellos lugares por los que pasaba. No le gustaba crear polémica, pero cuando la creaba lo hacía con total conocimiento de causa y absolutamente seguro de sus convicciones. Era elegante para destrozar a sus enemigos en público, y a pesar de ser destazados en un artículo venían humildes a agradecerle sus palabras. Tenía además innumerables amigos y ocupaciones y de alguna forma se las arreglaba para cumplir con todos. Escribía y recibía cartas a todo el país y al extranjero, y era el enlace más fuerte con la ciudad de Río, relación siempre tan problemática que Oswald no aguantaba de agitar siempre que tenía la oportunidad.

Pocos minutos después de Mario se sentara y se repartieran los saludos de rigor la comida empezó a llegar. Las ancas tenían la apariencia de diminutas piernas de pollo, pero más delgadas, y largas. Oswald miraba las ancas con atención, metió un par de dedos en su plato cogiendo una de ellas con parsimonia. Se levantó, alzando con una mano el anca y en la otra la copa de vino. Había pocas cosas que le gustaran más que hacer un brindis antes de comer.

“Nos encontramos aquí para disfrutar la traslúcida sangre de estos animales, pequeños anfibios que habitaron mundos submarinos al mismo tiempo que nosotros, aun peces, aun seres primigenios nadábamos en el mundo marino con ellos. Hoy nos encontramos nuevamente con nuestros hermanos, a ambos lados de una mesa, ellos convertidos en succulentos manjares, y nosotros en la especie dominante que decidimos quien se convertirá en nuestro alimento, en nuestra forma de transporte, en nuestras ropas y vestidos. Brindo por ellos, y por nosotros aquí reunidos.”

Todos elevaron las copas y bebieron a la salud de nuestros cercanos parientes que hoy se convertían en alimentos. “Sabes” habló Tarsila, pensativa con la copa aun en su mano, “si son nuestros hermanos, eso nos convierte en una especie de antropófagos, ¿no es cierto?”. Celebramos la idea y mientras comíamos Oswald nombró a Hans Staden, que había sido capturado por caníbales en nuestras tierras y después de huir había escrito su historia y sus costumbres. Recordó a Calibán de Shakespeare, el salvaje personaje de “La tempestad”, a la famosa entrevista de Montaigne con un Tupi-Guaraní, a Rousseau y su noble salvaje, a Goya y su Saturno devorador, a Ugolino en la divina comedia. Y la cena se convirtió en una enumeración de historias de caníbales, teorías y narraciones. Alguien recordó la magnífica ironía de los indígenas brasileños que fundaron el país devorándose al Obispo

Sardinha. Según otro, aun se escuchaban historias de devoradores de hombres en las junglas amazónicas.

Cuando la cena concluyó y las botellas de vino se vaciaron, Tarsila nos ofreció su casa para continuar la noche, así que subidos en el flamante Cadillac de Oswald y en los coches de otros invitados nos dirigimos hacia su hogar. Yo estaba sentado en el asiento delantero, mi alta figura no me permitía mayores estrecheces en los asientos posteriores y tenía a Tarsila muy pegada a mí. Estábamos achispados con el vino y reíamos de cualquier tontería, de rato en rato algún nuevo chiste caníbal surgía del asiento trasero. Alguien dijo: - una mujer caníbal sería especialmente peligrosa a la hora de ciertas prácticas sexuales - y Tarsila estalló en una aguda carcajada. Mientras tanto a mi me llegaba únicamente su aroma, un perfume ácido mezclado con lo que debía ser el aroma de su propio cuerpo. Incómodo me revolví en el asiento e intentaba hablar con Oswald que atento en la carretera conducía con las luces alumbrando la calle empedrada.

La casa de Oswald, era una elegante mansión situada en las afueras. De los muros colgaban los cuadros de Tarsila y de algunos amigos suyos, franceses principalmente, que le daban al ambiente un aspecto elegantemente íntimo y bohemio. Cuando entramos Oswald se perdió en las habitaciones posteriores para volver con varias botellas de vino. Nos sentamos en la sala a seguir bebiendo y conversando. Mario

había sacado su guitarra y un aire melancólico empezaba a surgir de sus cuerdas. Era una música de regustos indígenas, una de las especialidades de Mario, y el serio profesor de gafas oscuras y temprana calva se convertía poco a poco en una figura inclinada sobre la guitarra, pura emoción y sentimiento. Su voz, clara y dulce en un idioma que no hablábamos pero nos resultaba familiar llenó pronto la habitación y todos quedamos en silencio.

La música nos había de pronto llevado a nuestra infancia, nuestras niñeras negras, la ciudad sin electricidad, las calles de barro y la lluvia cayendo golpeando las hojas de los árboles. Cuando calló un silencio incómodo nos reveló que todos habíamos viajado hacia nuestra infancia por unos momentos, y nos encontrábamos ante extraños casi desnudos.

Oswald se levantó del sillón, se sirvió una nueva copa de vino y dijo: "Mario, si no cambias de ritmo terminaremos deprimidos y entre lágrimas tendremos que comernos los unos a los otros para devolver algo de alegría al mundo". Una sonrisa cómplice surgió en el rostro de Mario, y una leve carcajada se extendió por todos los asistentes. El rasgueo de las cuerdas trajo ahora música alegre, un Marimbonbo. Seguía siendo antigua y rodeada de muchos recuerdos, pero el ritmo, el rápido rasgueo y los golpes en la madera hueca de una silla que alguien comenzó, nos elevaron el ánimo y pronto nos encontrábamos de mejor humor. Tarsila se encontraba sentada frente

a su piano, en silencio y acariciando sus teclas de marfil sin tocarlo.

Oswald se levantó de golpe. “¿Es que nadie sabe bailar esto?. Parece que nunca hubieran escuchado este ritmo”, y con su natural apasionamiento salió en estampida de la sala volviendo a los pocos minutos con la cocinera. Una mulata con años en el cuerpo pero que aun se mantenía firme y elástica. Parecía que la acabaran de despertar y posiblemente la encontró dormitando en la cocina. Después de servirle en una copa un licor de hierbas dulces, le pidió a Mario que comenzara de nuevo y tomándola de la cintura la llevó al centro de la sala demostrando a los presentes cómo se bailaba.

La mulata se movía con increíble gracia, y a pesar de sus pobres zapatos y su delantal de cocinera, la música la vestía con finos ropajes. Una mano en la cadera, y la otra levantando levemente el vestido de tela cruda, dejaba ver sus oscuras pantorrillas firmes que se movían al ritmo. Incluso su rostro hasta hace unos segundos adormilado, estaba ahora concentrado y sonriente, con una seductora mirada que de rato en rato elevaba del suelo para enfocarla en los asistentes. Oswald también se movía bien a pesar de que sus amplias carnes temblaban al ritmo de la música. El arco de sus manos rodeaba con gracia a su pareja sin tocarla. El público miraba hipnotizado el baile, Mario inclinado sobre su guitarra apresuraba el ritmo, obligando a los bailarines a seguirlo.

Cuando el último compás finalizó un pesado silencio se posó sobre todos, rompiéndose en pedazos con los alcohólicos aplausos y aullidos de los asistentes. La cocinera sonrió, tímida nuevamente, y se alejó hacia la cocina no sin antes terminarse el licor que le había servido Oswald.

Mario siguió tocando, pero música más tranquila que se convirtió en el fondo de la noche. Las conversaciones se hicieron más íntimas, algunos ojos se cerraban. Éramos todavía como unas 10 o 15 personas, un grupo de cuatro jóvenes, tres muchachos y una hermosa niña de unos 18 años, que se encontraban en grupo mirando sorprendidos al resto de los asistentes. A Oswald les encantaba invitar a las nuevas figuras, jóvenes que empezaban a destacarse. Los tres muchachos eran parte de un elenco de teatro y la muchacha una poetiza que ya empezaba a traer de cabeza a todos los invitados de reuniones como estas. También estaban invitados antiguas glorias, un escritor de óperas, amigo de Mario, que dormía en uno de los sillones, una pintora que había coincidido con Tarsila en París, un par de poetas que a pesar de tenerlas jurada con algunas de las declaraciones de Oswald eran los primeros en aparecer en cualquiera de estos encuentros.

La noche siguió los derroteros habituales, pero la gente ya estaba cansada. Alguien despertó al escritor de óperas para llevarlo a casa. La joven poetiza salió tomando de la mano a los dos poetas con una perversa sonrisa en el rostro. Mario

seguía con la guitarra y sus dedos se posaban en las cuerdas pero ya no emitía ninguna música. Finalmente nos quedamos solos, Oswald tarareando para sí con una copa de vino apoyada en su estómago, Mario a su lado con los ojos cerrados pero sin dormir como sus esporádicos comentarios lo demostraban, Tarsila sentada al piano al que había cerrado la tapa y donde tenía una copa de vino y un cenicero lleno, y yo sentado a su lado pensando desde la segunda botella de adelantar una mano hacia su pierna pero sin atreverme a hacerlo.

De pronto Oswald se irguió de golpe haciendo caer la copa que se estrelló en el suelo. “No puedo creer mi memoria. Les tenía la noticia más excitante de la noche, pero se me olvidó por los malditos batracios”. Mario se recompuso un poco y yo descarté por una noche más avanzar mi mano hacia aquella piel brillante. “Esta mañana recibí un telegrama desde Italia que me informaba que el gran Marinetti llegará en menos de un mes”

Era en serio una gran noticia. Filippo Marinetti era el gran poeta italiano fundador del futurismo. Hace unos años había publicado un manifiesto que rechazaba el pasado para observar el futuro. El mismo gran Darío publicó una traducción con su edulcorada prosa al día siguiente criticándolo, pero a pesar de eso como un ensalmo de fichas de dominó todo el continente había caído presa de su hechizo. Los trenes, las bicicletas, la telegrafía sin hilos, las maravillas que traía

consigo el futuro habían cambiado las artes, la pintura, la forma de pensar de la gente. El mismo Oswald, antes estudioso de culturas Tupis había terminado comprándose un automóvil rugiente. El mayor ingenio mecánico ideado por el hombre, más bello que la Victoria de Samotracia. “Los automóviles jalados por caballos invisibles” había dicho, “son el ejemplo final de que hemos podido crear vida hecha de fino aire”.

Y ahora nos decían que Marinetti llegaba a São Paulo, después de realizar un viaje por Chile y Argentina entrevistándose con los más grandes de cada lugar. Oswald había recibido el programa y la invitación para colaborar en la organización del evento. “Será más grande que la feria mundial en Nueva York, más grande que la revolución francesa, porque ahora no sólo estamos deponiendo un régimen, estamos planeando el futuro mismo de la humanidad. Como en el Renacimiento una vez más Italia marcará nuestros pasos”.

Le dije que no exagerara tanto, que aunque efectivamente sería un gran evento aquel que trajera a Marinetti, no estaba seguro que Brazil lo recibiría con los brazos abiertos. Al fin en cuentas hablábamos de un país al borde de la selva con los pies muy atenazados en la historia. El futuro nos interesaba, pero nunca podríamos dejar atrás aquellas lianas que nos amarraban a la selva, a nuestro pasado. Sino que se fijara la noche que estaba concluyendo: La antropofagia, el mejor ejemplo de nuestro

pasado aborigen, aun se encontraba en la mente de los más inteligentes y civilizados de nuestros habitantes.

“Osas llamar civilizados a los artistas que vinieron esta noche” me respondió con una carcajada. Estaba por responder con alguna otra frase cuando sentí el aroma que desprendía la piel de Tarsila. Se había movido unos centímetros y posaba una mano en mi pierna. Una mano hecha de electricidad o del magma mismo del sol, porque sentí que mi pierna me quemaba y las palabras desaparecían de mi garganta. Mario de pronto habló sin abrir los ojos “Marinetti es hijo de una puta italiana con una bicicleta nueva. Déjenlo pedalear hasta que se canse o se le rompa una rueda.”

Los días que siguieron a los de aquella cena fueron totalmente locos. La noticia se extendió rápidamente con el primer periódico de la mañana, y durante un par de días tuvimos que soportar a un deprimido Oswald que había perdido la oportunidad de ser él quien diera la noticia. Pero pronto se puso de buen humor cuando descubrieron que Marinetti lo había nombrado personalmente para que ayudara a organizar el viaje. Noticias y artículos sobre Italia y el futurismo empezaron a fluir en los periódicos. Sus funciones de coronel mayor de propaganda, y organizador supremo pronto le valieron algunas enemistades, pero también un grupo de seguidores que lo seguía por doquier intentando conseguir un espacio en esta fiesta futurista.

También tomó como misión personal hacer llegar las noticias de la gloria de São Paulo en este prestigioso día a la vecina ciudad de Río que pronto quiso responder con escalada armamentística. Mario tuvo que moverse con rapidez para desarmar la bomba y se reunió largamente con Oswald para convencerlo de los beneficios de tener a los intelectuales de Río contentos. Desde aquel día Mario se convertiría en una especie de asesor no oficial de Oswald, sobretudo cuando este último sentía que el peso de las coronas de laurel y olivo le sentaban muy pesadas.

Tarsila por otra parte se había encerrado con una fiebre artística. Intenté ir a visitarla una vez y aunque me recibió en su sala, con el cabello desordenado, la mirada brillante, la piel con manchas de pintura naranja, y más bella que nunca. Pero no estaba lo suficiente concentrada para tener una conversación, y no se animaba aun a mostrarme su obra que decía faltaba mucho para estar siquiera cerca de estar acabada. Por esas razones que casi no pude ver a casi ninguno de ellos, y me pasé algo aburrido en las tertulias habituales en las que el nombre de Marinetti se pronunciaba demasiado frecuentemente.

Pero pronto aquel mes pasó y el carnaval futurista estaba cada vez más cercano. Una mañana las noticias de la llegada de Marinetti a Chile y su encuentro con Huidobro removieron las aguas más turbias de la intelectualidad. Todos los cafés hablaban con respeto y oculta envidia del

genio creacionista. Una semana después Borges y Gironde fueron esta vez el tema de conversación de todos los cafés. Allí me encontré en una ocasión con Oswald, algo demacrado por el cansancio y el estrés, secundado de Mario que se lo veía incluso más transparente.

“Ya está cerca”, me dijo Oswald como si se tratara de una tormenta que se puede apreciar desde la costa y que amenaza con destruir un pequeño pueblo pescador. Mario le puso la mano en el hombro al verlo descorazonado y con tranquilidad habitual le dijo: “Ya estamos casi listos”. Me contaron brevemente todo lo que habían hecho, no sólo levantar olas de interés en todo el país, sino conseguir el estadio nacional para su presentación como si se tratara de un músico internacional. Salas de conferencias en diferentes hoteles. Cenas y comidas con los más prestigiosos miembros de la sociedad brasileña e incluso una íntima comida con el presidente Luís Pereira de Sousa.

El broche de oro sería una íntima fiesta de despedida que coincidiría con la presentación de la última obra de Tarsila. Oswald con la generosidad que le caracterizaba había convencido a su mujer que este sería el mejor espacio para presentar su obra maestra – como él mismo la calificó -. Tarsila al principio muy desconfiada, aceptó cuando le dijo que podría hacer la reunión lo más íntima que quisiera. Marinetti se marcharía la mañana siguiente y estaba seguro que estaría muy cansado y

sin ganas de multitudes. Además la noche anterior tendrían la despedida oficial ante la prensa y las autoridades con un banquete formal. Finalmente Tarsila aceptó y se encerró nuevamente para concluir su obra a tiempo.

Hay muchos otros lugares donde pueden leer lo que ocurrió en aquel vendaval que resultó la llegada de Marinetti. La prensa lo adoptó como a su hijo predilecto, y como si se tratara de una estrella de cine, lo seguía permanentemente. Las luces de los flashes le bronceaban la piel que ya la tenía naturalmente tostada por el sol mediterráneo. Los baños de multitudes eran la grasa natural con la que peinaba sus bigotes. Y donde fuera, su brillante calva relumbraba como un sol. Sus poemas reunieron multitudes. Sus declaraciones se repitieron en todos los periódicos del país. Su elegante figura con saco y corbata a pesar del calor de aquellos días, se repitió en innumerables ocasiones dando la impresión de que existían mil Marinettis, y al mismo tiempo demostrando el poder de aquella tecnología de sulfuro de plata y luz.

Las descripciones maravilladas de los ingenios mecánicos asombraron a las multitudes que empezaron a ver objetos cotidianos con otros ojos. Ese año la venta de coches subió tanto que tuvieron que encargar un barco entero de flamantes llantas para aquel “Dios vehemente de una raza de acero”, y los hospitales acusaron de una subida de accidentes automovilísticos porque había dicho que la velocidad era la

nueva forma de la belleza. Pero al mismo tiempo que aquellas palabras impresionaban a todo un pueblo hambriento de novedades, una pequeña melodía que como un motivo secundario y mucho menos audible acompañaba a la pieza principal. Hace unos años un nuevo gobernante empezaba a llevar a Italia hacia el futuro. Mussolini había creado una nueva constitución y un puño de hierro se empezaba a entrever bajo su elegante y moderno guante de cuero negro. Aquella nueva palabra llamado fascismo empezaba a aparecer en los discursos de Marinetti, así como la palabra esperanza. Releyendo esto desde el futuro, y ya grabado en la memoria el nombre de Getúlio Vargas, resulta estremecedor la certeza de muchas de sus palabras. Y aunque aun en ese momento no adivinábamos lo que ocurriría en el país, lo que Marinetti expresaba en voz baja mientras hablaba de las maravillas del motor de cuatro revoluciones y de la construcción de una nación italiana, se convertía en un escalofrío en la base de la espalda.

Días atrás me había llegado una invitación requiriendo mi presencia con traje formal para un íntimo encuentro. Éramos un unas cincuentas personas desordenadamente acomodadas en la casa de Oswald y Tarsila. Ella no había querido acudir a una galería o una sala de fiestas. Prefería ser la anfitriona en su propio hogar que una simple invitada por más invitada de honor que se tratara. Un pequeño lienzo cubierto con un paño blanco el último

cuadro de Tarsila presidía la reunión como el sagrario de una iglesia.

Marinetti se encontraba algo ojeroso. Muchas noches de recepciones y charlas hacían mella hasta en el profeta del futuro. A pesar de todo tenía la prestancia para rodearse de un grupo de admiradores con los que hablaba con la fuerza que siempre le caracterizaba. Declaraciones firmes sin dar su brazo a torcer y sin nadie que se atreviera a discutirle. Oswald se encontraba también rodeado de su propia caterva de admiradores. Comentaba la reunión de hace unas noches con el presidente y cómo él había escuchado tan amablemente sus teorías para un gobierno de matriarcado: “Ellas, mujeres, madres y esposas, son las únicas que podrían llevar el país adelante”. Mario se encontraba sentado en una silla dirigiendo la mirada hacia donde se encontraba su amigo pero sin participar en la conversación. Hablando con dos jóvenes se encontraba Tarsila en un rincón. Estaba radiante, con un vestido de colores claros sin muchos adornos. Llevaba en el cuello un collar de madera realizado por una indígena tupi, y en la muñeca un ingenio mecánico de titanio que fue un regalo de Oswald. Llevaba zapatos bajos y sus piernas emitían un ligero color dorado que me ablandaba alguna región oculta del pecho. Yo me encontraba con unos tertulianos conversando de las últimas novedades pero en general me sentía ansioso mientras esperábamos el momento de revelar el cuadro.

Finalmente Oswald sintió que la tensión ya se había acumulado lo suficiente y golpeando su copa con una uña llamó la atención de todos los invitados. Marinetti tomó asiento con afectación y todos los invitados se giraron para escuchar a su anfitrión: “Por primera vez en mucho tiempo” dijo en voz baja pero que por alguna propiedad de su voz, se escuchaba perfectamente en todo el salón, “no quiero hacer un brindis ni dar palabras de bienvenida. Esta noche alguien mucho más interesante e importante que yo se encuentra entre nosotros, la razón por la que estamos todo aquí. Así que sin decir nada más quisiera invitar a que pase ante ustedes a decir algunas palabras”.

Fue un movimiento casi imperceptible el que realizó Marinetti para levantarse pero supo detenerse a tiempo cuando vio a Tarsila avanzar hacia el improvisado estrado. Su rostro se enrojeció y miró a su alrededor azorado para ver si alguien se había dado cuenta de su paso en falso, pero todos miraban a la delicada figura de Tarsila dejar una copa en la mesa y nerviosa juntar sus manos en la espalda como una niña que sale a la pizarra.

“Quiero agradecerles a todos por haber venido hoy día” dijo con una voz bacilante pero clara “y especialmente a nuestro invitado de honor, Filippo. Es una noche muy especial porque finalmente podré dejar de trabajar en un cuadro que me viene molestando en el alma desde hace muchas semanas para que lo deje vivir. Todo

comenzó en una cena en la que comimos ancas de ranas. Dijimos muchas cosas esa noche, pero una me llamó mucho la atención y se me quedó croando en el pecho. Mi esposo dijo, hablando de los animalitos, que nosotros decidimos quien se convierte en nuestro alimento. Y lo que más me llamó la atención fue aquella palabra. Nosotros decidimos. Tenemos la libertad de comer lo que queremos, o de vivir lo que deseamos sin que nadie nos diga qué hacer. Y porque no, también de pintar o comer sin que nadie nos diga cómo hacerlo. Hace mucho tiempo estuve viajando por Brasil y me enamoré de los colores y de las formas. Nosotros hemos decidido que los árboles tienen que tener ciertas proporciones, los ríos ciertos trazos, los caminos cierto orden. Pero en Brasil los árboles son gigantes y los ríos van por donde desean y los caminos desaparecen, nosotros a su lado somos pequeños. Y aunque podemos cortar los árboles y dar con tierra sus desproporcionados cuerpos es sólo una decisión que hemos tomado. Nuestras medidas no son la única, nuestras reglas no son las únicas pero son decisiones tomadas. Y como toda decisión puede estar equivocada. Quizás todo lo que diga no tenga sentido con lo que les mostraré, pero para haber llegado a aquello he pensado en muchas cosas. Así que sin dar más vuelta les presento a Abaporu”

La tela blanca cayó como la falda blanca de una mujer hermosa. Detrás de ella nos enfrentábamos al cuadro de Tarsila, a aquel Abaporu que significa “hombre que

come carne humana”. Era un cuadro pequeño pero algo en sus colores y formas lo hacían parecer gigante, casi monstruoso. En él se podía ver un hombre desnudo, pero apenas recordaba la figura de un hombre. Tenía una pierna gigantesca que ocupaba casi todo el cuadro. La cabeza y una mano por otra parte era pequeño, como una cabeza de alfiler. Como había dicho Tarsila las proporciones no importaban, eran solo nociones que nosotros habíamos puesto. Detrás del monstruoso hombre se adivinaba un verde cactus, y un sol como medio limón brillando en un cielo celeste. Los colores eran poderosos, la figura central de color naranja brillante que recordé pintaba la mejilla aquella tarde que visite a Tarsila era humana pero no totalmente. Aquel no era un hombre, no era ninguno de nosotros.

Me fijé en Marinetti que observaba con atención el cuadro. Pensé en los cuadros futuristas pura modernidad y movimiento; todo lo contrario a esta quietud y a este ser casi primigenio del cuadro de Tarsila. Estaba seguro que le parecía horrible, incluso una afrenta.

Todos estábamos silenciosos como si un hechizo hubiera caído sobre los asistentes. Poco a poco las conversaciones empezaron a resurgir. La gente se acercó a Tarsila para felicitarla, se abrieron nuevas copas de champán o de vino y le ambiente se relajó aunque la tensión de momentos atrás desapareció llevándose con ella toda la energía de los invitados.

Más tarde aquella misma noche quedábamos solos. Mario y Oswald sentados en el sofá, yo que me había sentado nuevamente al lado de Tarsila totalmente hipnotizado por su aroma y conversábamos en voz baja, y Filippo que aun no se recuperaba de la humillación recibida estaba en silencio rumiando lentamente algunas ideas. Oswald y Mario hablaban animados del cuadro. Recrearon la cena de hace un mes y empezaban a debatir largamente sobre lo que significaba el poder de decidir, el poder de elegir entre una multitud de caminos, de reglas, de nombres, de proporciones. Mario dijo que era algo así como las influencias musicales. Uno puede decidir usar una melodía tupi y expresarla con una guitarra española. Todo eran decisiones, el mundo se presentaba entero a nuestra disposición.

Estábamos solos, ya no quedaba nadie en la casa, los criados dormían, todos los invitados se encontraban camino a sus hogares. La casa estaba silenciosa salvo nuestras voces y bien se podría decir que no existía nada o nadie salvo aquella habitación aun con las luces encendidas.

Y allí fue donde ocurrió todo. Al menos aquel momento preciso que sólo nosotros conocemos. Lo aparecido en los periódicos hace pocos días parece confirmar la soledad de aquella noche. Nadie salvo nosotros supo nada. Y en pocos años después con la dictadura y todas las muertes tampoco le interesaba a nadie.

Podría contar aquí la verdad de lo ocurrido. Y lo haré hasta cierto nivel. Podría decir quien dio el golpe final o cual fue el verdadero motivo que llevo a lo que después ocurriría. Pero prefiero llevarme ese secreto a la tumba. Contaré en cambio lo ocurrido, pero cuatro versiones. Todas ellas son reales pero ninguna de ellas lo es verdaderamente. Será su decisión elegir qué es lo que pasó aquella noche.

Lo único que es seguro es que Filippo Marinetti comenzó todo. Después de rumiar largamente sus palabras se levantó y se enfrentó al cuadro. En voz baja pero con la intención que lo escuchemos dijo: “Lo primero que haría Mussolini en este país sería exterminar a todos estos indios”. Tarsila se calló de golpe y le preguntó amablemente. “perdona, ¿qué dijiste?”. “Nada querida, lo siento. Sólo decía que ustedes tienen una de las riquezas más increíbles del planeta. Esas selvas llenas de ricos tesoros, y la tienen abandonadas salvo unos cuantos indios que recogen caucho. Fíjense las minas de oro que tienen, podrían estar produciendo mil veces más. Y los árboles desproporcionados del que hablas podrían convertirse en una flota de barcos de guerra. Brasil podría ser tan poderoso como Italia. Sólo tienen que mirar al futuro. ¿Dónde están las industrias?. ¿Dónde están todos esos indios trabajando para ustedes?. ¿Dónde está el futuro recorriendo autopistas asfaltadas que atraviesan sus selvas?. ¿Saben cuanto tiempo durará su selva?, el suficiente para que se vuelvan ricos”

Visto desde el día de hoy, desde lo ocurrido todos estos años, puedo sentir que él tenía razón. Era la decisión más natural, más práctica y por eso fue una decisión se los políticos decidieron tomar. Pero eso no niega que haya sido la decisión equivocada.

Tarsila se había levantado y lo miraba inmóvil con los ojos abiertos como platos. No podía creer lo que aquel hombre decía. “Allí está tu futuro” dijo Filippo señalando a su cuadro “Esos pies gigantescos los llevarán hacia el progreso, lo único que tienen que hacer es obligarlo a caminar hacia adelante en lugar de quedarse sentados”. Tarsila dio varios pasos seguros, como en un ballet practicado muchas veces. Estaba enojada, sus ojos llenos de furia, con una belleza de fuego y piedra como una hermosa Medusa. Filippo añadió “Cuándo entenderán que nosotros podemos decidir a quien nos comemos porque nosotros somos el futuro”. Con esas últimas palabras Tarsila había llegado hasta el piano donde reposaba un pesado florero. Marinetti se giró hacia el cuadro nuevamente. “No han entendido lo que he dicho todos estos días. El fascismo es el futuro”. En ese instante Tarsila no aguantó más y estrelló el jarrón de fino cristal en el cráneo de Filippo. En el suelo poco a poco una mancha roja empezó a extenderse: “Era un hombre muy peligroso” dijo Tarsila sin rastro de emoción en la voz.

Lo único que es seguro es que Filippo Marinetti comenzó todo. Después de rumiar largamente sus palabras se levantó

y se enfrentó al cuadro. “No puedo creer que veneren esta pintura” dijo de pronto. Oswald calló su ronroneo musical y preguntó qué había dicho. “Tantos días predicando entre ustedes, y el último día me demuestran que no son más que unos ignorantes. ¿Qué ven en este cuadro?. Un indio, un aborigen, desnudo como en el amanecer del hombre. Más cercano a un animal que a un humano con esas sus piernas de elefante y su cabeza de mosquito. Estamos soñando con el futuro y ustedes me traen este horrible ejemplo del pasado. Me demuestran con esta pinturita que no son más que esos indios imitando al hombre pero que preferirían estar bajo el sol comiéndose los piojos”.

Oswald es un hombre de pasiones por lo que en las primeras palabras ya se había plantado frente a Filippo y las últimas frases las sintió muy cerca, oliendo su aliento a vino y limpiándose las gotitas de saliva con las que le rociaba. “Porque si algún día ustedes aparentan ser civilizados no será de otra forma que imitando a Europa. Unos monos imitando cómo ser civilizados. La única decisión que tendrán será decidir a quién imitar”. En ese instante un golpe como un mazo impactó en el rostro de Marinetti que cayó al suelo. Varios golpes más lo clavaron en el suelo y cuando Mario lo apartó el poeta italiano ya no se movía.

Lo único que es seguro es que Filippo Marinetti comenzó todo. Después de rumiar largamente sus palabras se levantó y se enfrentó al cuadro. “¿Y crees tu que este

cuadro vale la pena?” preguntó dirigiéndose con la mirada a Oswald. “O sólo lo veneras por ser obra de tu mujercita. Al final de cuentas la convertirse en una estrella esta noche utilizándome a mí para eso. ¿No es cierto?”

Menos es necesario para hacer estallar a Oswald y en muy poco tiempo había estrellado un puño en la cara de Filippo. Pero este después de levantarse del suelo le había estrellado un cabezazo en la nariz de Oswald. “En Italia también sabemos jugar duro” le dijo limpiándose la sangre ajena de la frente. “Tú, una pobre imitación de artista queriéndose poner a mi nivel.” En ese instante sorprendentemente Mario había saltado sobre el cuerpo de su amigo y había derrumbado a Filippo contra el piso. Sus delicadas manos de guitarrista y duras y resistentes por tantos años contra las cuerdas empezaron a apretar el cuello del poeta italiano. Nadie hizo nada para evitarlo. Oswald sólo miraba a su amigo con una ternura infinita. Cuando finalmente Mario soltó las manos y el cuerpo de Filippo cayó al suelo inconsciente se giró hacia Oswald creando un chispazo eléctrico con el cruce de miradas.

Lo único que es seguro es que Filippo Marinetti comenzó todo. Después de rumiar largamente sus palabras se levantó y se enfrentó al cuadro. “¿Y dices que has estudiado en Francia?” se dirigió a Tarsila. He visto mucha pintura francesa pero nunca había visto a nadie cometer tantos pecados con proporciones y colores. Qué hiciste en

realidad en Francia para creerte pintora. ¿Se la chupaste a algún moja pinceles de Montparnasse. Y tú hablas de decidir, la única que podrías tomar es decidir a quien copiar. Pero ni siquiera sabes copiar bien, y necesitas que tu marido te haga una fiesta conmigo para poder mostrar tu obra”. Tarsila estaba con las mejillas rojas y los ojos iluminados por unas lágrimas de rabia que no podían salir. Con las primeras palabras había puesto su mano en mi pierna y ahora la veía cerrada con una contorsión de dolor. Su mano estaba blanca, sin sangre, como una deforme garra mientras dentro suyo bullía rabia, ira, y profundo dolor. No podía verla así, la belleza se había trastornado hasta convertirla en una triste caricatura de ella misma.

Tomé su puño cerrado y lo aparté de mi pierna haciéndole una caricia entre los dedos. Me levanté lentamente y me acerqué a Filippo. Le superaba por más de una cabeza, pero mirándome hacia arriba me dijo escupiéndome las palabras: “¿Y tu eres su caballero de brillante armadura?. Ya le has metido cuernos a su marido o esperas reunir valor para hacerlo.” Mis manos se aferraron a su chaqueta y lo levantaron. Era liviano, como levantar a un niño o a un bulto. Mis manos se extendieron de golpe y él voló hacia atrás golpeándose la cabeza con la pared del fondo. Cuando cayó al suelo tenía una macabra sonrisa en el rostro y ya no se movía.

No creo que pueda contar lo que pasó el resto de la noche. Con el cuadro de

Tarsila precediendo la sala aprendimos una nueva lección sobre el tema de las decisiones. Hay que ser fiel a las propias aunque sean equivocadas. Hay que saber aceptar errores, pero hay que llevar lo que decidimos hasta el final.

La mañana siguiente después de ducharme concienzudamente tomé el pasaje y el pasaporte del italiano y tomé el primer avión a Roma. Según todos los documentos Filippo Marinetti habría salido de São Paulo sin inconvenientes y había llegado 14 horas después a Roma. Los periódicos italianos lo darían por desaparecido pocos días después y se hablaría de que la resistencia antifascista lo esperaba a la salida del aeropuerto. Mi alta figura recorrió Roma por un par de meses, escribiendo y pensando, y finalmente regresaría São Paulo. No volveríamos a reunirnos con Tarsila, Mario y Oswald aunque si coincidíamos en eventos sociales. Tampoco volví a estar a solas con ella aunque aun recuerdo los besos que me dio aquella noche, llenos de dolor, locura y sudor.

Hace una semana salió en el periódico una noticia que escandalizó a la ciudad. Ya estoy muy anciano como para que tomen ninguna acción contra mí, y tanto Mario como Oswald han muerto, y Tarsila descansa en una pequeña villa francesa esperando su hora. Yo por mi parte tuve una buena vida, trabajé por esta ciudad de mis amores, escribí mucho y leí mucho más. Ahora soy mayor y también sólo me espera que llegue mi final con la seguridad

de que no me arrepiento de ninguna decisión.

La noticia que escandalizó a la ciudad, estoy seguro que la releieron incrédulos varias veces, surgió después de que derrumbaran la vieja mansión de Oswald y Tarsila y encontraran enterrados en el sótano una calavera y viejos huesos con lo que parecen ser marcas de dientes humanos.

Miguel Esquirol-Ríos

Crítica

“El otro manifiesto antropófago” construye una narrativa ficticia para contextualizar el conocido “Manifiesto Antropófago” de Oswald de Andrade, protagonista central del modernismo brasileño. El manifiesto de Andrade, como otros manifiestos, declara un nuevo movimiento cultural. En vez de copiar el arte europeo, Brasil consumiría, reproduciría y exportaría un arte único, basado en la herencia indígena, africana y colonial.

El narrador nos ofrece una historia con tres posibles finales, pero con una sola conclusión: la muerte violenta de la importación del fascismo europeo a Brasil, personificado por un poeta italiano. Este evento parece irónico frente a los gobiernos autoritarios que controlaron Brasil por muchas décadas después.

Mientras el narrador nos ofrece una vista a la historia, no es una vista necesariamente clara. El cuento es escrito en español, pero su contexto es Brasil.

Como lectores, sabemos que el narrador del cuento es un hombre, pero aprendemos muy poco de él. La riqueza de descripción de las interacciones entre artistas sirve para personalizar el movimiento. El cuento sugiere que el difunto italiano fue literalmente consumido por Andrade y sus colegas, conectando el canibalismo histórico de los indígenas (contado en textos como el de Hans Staden durante la época colonial) con el canibalismo estético que el manifiesto declara en 1922.

Lucy Blaney

